

de mis pulsos, que a más tardar acabarán su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida. En fuerte punto ha llegado vuestra merced a conocerme, pues no me queda espacio para mostrarme agradecido a la voluntad que vuesa merced me ha mostrado: en estollegamos a la puente de Toledo y yo entré porella, y el se apartó a entrar por la de Segovia. Lo que se dirá de mi suceso, tendrá la fama cuidado, mis amigos gana de decillo, y yo mayor gana de escucharlo. Tornéle á abrazar, y volvióseme a ofrecer: picó a su burra, y dejóme tan mal dispuesto como él iba caballero en su burra, quien habría dado gran ocasión a mi pluma para escribir donaires, pero no son todos los tiempos unos; tiempo vendrá, quizá, donde anudando este roto hilo, diga lo que aquí me falta y lo que sé convenia. Adios, gracias; adios donaires; adios, regocijados amigos, que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida.»

## CAPÍTULO LX

## EL ÚLTIMO PROTECTOR.—CÓMO MURIÓ CERVANTES

El arzobispo de Toledo, Don Bernardo II de Sandoval y Rojas se hallaba á primeros de marzo en la dehesa de Buenavista, huyendo la incomodidad y el desamparo de los fríos inmensos salones del Palacio arzobispal. Buenavista, hermosa casa de placer que se alza en una ladera sobre la derecha orilla del Tajo es, como su nombre declara, un lugar de bellas y apacibles perspectivas. Allí el río padre, después de haber abrazado amorosamente á la ciudad misteriosa, corre dilatado; ufano y músico, relata sus secretos á quien sabe oírlos. Al mismo lado de Buenavista, apoyados los muros en la margen del río y envuelto entre las frondas plateadas de los álamos blancos y entre el obscuro follaje de los álamos negros, el edificio que aún se llama *Los Lavaderos de Rojas*, muestra el término habitual que á sus paseos daba el arzobispo Don Bernardo, en las tardes marceras, en que es menester buscar el abrigo de los árboles y el regalo y sosiego de las frondas, donde el aire quiebra un poco y tañe en las ramas prodigiosas sinfonías. Desde aquel sitio el sol hiere de través los cerros negrizos de San Bernardo en donde las ôlivas se retrepan; á la izquierda, en los cigarrales famosos, los albaricoques y los almendros, las olivillas y los parronesy algun forastero nopal que vive en el regazo de una tapia, se despiden del sol fugitivo que río adelante camina y las casillas blancas cigarraleras le dirigen una sonrisa bonachona: más á la izquierda, la noble ciudad, gloria de España, asentada en su pedestal de roca viva, reluce como una joya de la tierra y hacia su centro, entre los centelleos de los



crisales, de esas amables y optimistas ventanas que en los crepúsculos nos dicen que al día siguiente habrá también sol y vida, rasgan osados el aire la puntiaguda torre de la Catedral y el cuadrado campanario morisco de San Román, famoso en la historia y en la poesía épica española.

Para Don Bernardo de Sandoval y Rojas tales bellezas eran plato de todos los días. Llevaba casi diecisiete años rigiendo la Sede Primada. Era ya viejo. Había sido antes obispo en Ciudad Rodrigo, en Pamplona y en Jaén. Había conocido todas las grandezas y las pequeñeces del mundo, y ningún negocio espiritual ni material tenía para él secretos.

Inquisidor general, conocía al dedillo los conflictos y apuros de conciencia: Consejero de Estado, las artimañas y apañuscos de la política le eran familiares: Jefe de la Iglesia española, ejerció con mesura, pero con firmeza, el formidable poder que se le confiara: prócer espléndido hasta el extremo posible de grandeza, sin tocar en el despilfarro, varias veces había tenido que prestar caudales al mismo Rey Felipe III y en reciente ocasión le sirvió con cincuenta mil ducados para un apuro de los muchísimos en que se veía aquella corte, hecha de ostentación y vanidad y rellena de roña y de miseria.

Holgadamente podía hacerlo, pues las rentas propias del Arzobispado no bajaban á la sazón de seis millones de reales, que es como decir ahora seis millones de pesetas próximamente y asentado sobre tan robusta base metálica, el poder moral del Arzobispo era invencible y el más sólido y positivo de la nación. Así, habiendo ganado el largo y memorable pleito del Adelantamiento de Cazorla, señorío de cinco villas y numerosos territorios, el cual pretendían ser suyo los Marqueses de Camarasa, porque el palaciego cardenal D. Juan Tavera se lo regaló al secretario Francisco de los Cobos, en tiempo del Emperador, Don Bernardo nombró Adelantado á su sobrino el omnipotente Duque de Lerma, pero al poco tiempo le obligó á que lo renunciase no fuera que, engreído con su privanza, quisiese también perpetuar en su familia y casa el Adelantamiento perteneciente á la Mitra. Celoso de sus fueros y derechos, como nadie, era además, según

se ve, Don Bernardo de Sandoval un gran conocedor del corazón humano.

Por eso, en sus siestas y reposos de Buenavista, se deleitaba principalmente leyendo libros que á humanidad trascendieran. Ya se ha dicho que odiaba el arte gótico: odiaba, pues, todos los encumbramientos idealistas y románticos, todas las caballerías andantes, ya á lo humano, ya á lo divino. Quizás, en el fondo, aborrecía á las féminas inquietas y andariegas como Santa Teresa de Jesús, á los audaces caballeros de Loyola y á todo espíritu alimentado con libros caballerescos. También se ha dicho que era el suyo un espíritu neo-clásico, reposado y tranquilo, amigo de la exactitud, amante de la riqueza sobria, de las líneas claras y sencillas, de los términos precisos y netos.

Por ello, grande fué su complacencia cuando uno de sus familiares, quizás el entusiasta licenciado Márquez de Torres, le leyó ó le hizo leer la segunda parte del *Quijote*.

Alguna vez vió Don Bernardo á Cervantes, varias oyó hablar de él con elogio: creía recordar que en ocasiones le había socorrido, por ser un poeta pobre, hidalgo y soldado viejo. No le contentó mucho, sin embargo, la primera parte del *Quijote* y aquella suspensión en que deja al espíritu sin saber si proseguirá ó no adelante la locura del caballero de la Mancha. Pero al leer la segunda parte, al ver á Don Quijote morir en la cama como cristiano católico, cuerdo y renegando, en sublimes palabras, de su locura, como si redujese al mundo entero con su ejemplo altísimo á abandonar los desvaríos y despropósitos á que su demente sinrazón le guiara y quisiera sujetarle á los límites clásicos, ordenados, rectilíneos de la vida, el ilustrísimo prelado aprobó con toda su alma y, tarde ya, conoció, á su manera, que Cervantes era el hombre de más claro magín que en su tiempo había.

Don Bernardo, naturalmente, deducía del libro las consecuencias favorables á su criterio. ¡Oh! Sí—pensaba el sagaz y político anciano, á quien no se le ocultaban las razones principales de las *locuras de Europa*, que dijo Quevedo, y de las tonterías de España.—Esto es lo positivo, lo real: ha acabado la época triste y funesta de las fantasías gótico-flameantes, de las caballerescas luchas



y de las muertes heroicas de los paladines en el campo de batalla: venida es ó debe ser la edad del reposo y de la razón, de que el hidalgo muera tranquilo, perdonando á todos y de todos perdonado, en su lecho familiar. Y tras la muerte de Don Quijote, entreveía el buen arzobispo una era de clásicas regularidades y de armoniosas grandezas, que llegó, no en España, sino en Francia: y de aquella futura edad de sosiego y armonía se le antojaban pronósticos halagüeños el rumor sonoro del Tajo que á sus pies pasaba grave, solemne, y el cantar del viento en las alamedas, que tenía el contrapunto y hacía la fuga al canto hondo, canónico, del río.

Regocijado por la lectura, que aún tenía poder sugestivo sobre su ancianidad, el arzobispo de Toledo preguntó si se le habían hecho nuevas mercedes á Cervantes. Alguien le anunció que el viejo poeta se hallaba enfermo y tan mal de recursos como era su costumbre. Don Bernardo previno seriamente que no se echase en olvido nunca al autor del *Quijote*.

El cual, como se ha dicho, había vuelto ya á su casa de Madrid, perdida casi del todo la esperanza de curarse, pero sostenido y alentado por la protección que de tan alto le llegaba, aunque ya era tardía. No solamente el arzobispo D. Bernardo le enviaba socorros materiales, sino además una carta, por él dictada ó escrita, consolándole en su última tribulación. Esto tienen de bueno los espíritus amantes del clasicismo: que saben reconocer las necesidades y los anhelos de la humanidad y dar á cada tiempo, á cada lugar y á cada persona lo suyo. A la carta y á las mercedes del arzobispo D. Bernardo contestó Cervantes con lo último que escribió antes de caer en el lecho. Es el famoso y venerable documento que preside las sesiones solemnes de la Real Academia Española, y dice así:

“Ha pocos días, muy ilustre señor, que recibí la carta de vuestra señoría Ilustrísima y con ella nuevas mercedes. Si del mal que me aqueja pudiera haber remedio, fuera lo bastante para tenerle con las repetidas muestras de favor y amparo que me dispensa vuestra ilustre persona; pero al fin tanto arrecia que creo acabará conmigo, aun cuando no con mi agradecimiento. Dios le conser-

ve ejecutor de tan santas obras para que goce del fruto dellas allá en su santa gloria, como se la desea su humilde criado, que sus magníficas manos besa. En Madrid, á 26 de Marzo de 1716 años.  
— Muy ilustre señor: Miguel de Cervantes Saavedra.”

Escribió esta carta con tanto cuidado y atención, que de ella existen dos copias, con ligeras variantes. La clarividencia propia de los últimos días de su vida y que ya en algunos momentos tocaba en los umbrales de lo sobrehumano, le dijo que el reconocimiento de su genio por hombre tal como D. Bernardo de Sandoval y Rojas era un seguro anticipo, ó mejor dicho, era el primer mensaje de inmortalidad que le enviaban los siglos futuros. Las puertas de lo eterno se le abrían por mano del hombre que, después del Pontífice de Roma, estaba investido del más alto poder espiritual.

Una gran paz fué llenando el alma de Miguel: una grandiosa humildad infiltrándose en su corazón enfermo.

Derribado en la cama por los acerbos dolores que sentía, no quiso morir sin asirse, adherirse, abrazarse al último ideal de su existencia, la fe religiosa. A última hora, quería resolver aquella gran duda que se le ofreció á su grande y bueno Sancho Panza, cuando le explicó Don Quijote, en el capítulo VIII de la segunda parte “que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos”, y explicando lo que significaban los gigantes y demás imaginaciones andantescas añadía: “tenemos de matar en los gigantes á la soberbia, á la envidia en la generosidad y buen pecho, á la ira en el reposado continente y quietud del ánimo, á la gula y al sueño en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos, á la lujuria y lascivia en la lealtad que guardamos á las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos, á la pereza con andar por todas las partes del mundo, buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, entre cristianos, famosos caballeros.” A lo que Sancho, el buen Sancho, después de proponer á su amo el difícil punto de si es más resucitar á un muerto ó matar un gigante, contesta aconsejando á Don Quijote que los dos se hagan santos para alcanzar más brevemente la fama “y advierta, señor—



dice—que ayer ó antes de ayer canonizaron ó beatificaron dos frailecitos descalzos, cuyas cadenas de hierro con que ceñían y atormentaban sus cuerpos, se tiene ahora á gran ventura el besarlas y tocarlas y están en más veneración que está, según dije, la espada de Roldán en la armería del Rey nuestro señor, que Dios guarde. Así que, señor mío, más vale ser humilde frailecito de cualquier orden que sea, que valiente y andante caballero.....”

Comunicaba esta última vacilación suya el acongojado Miguel con su grande amigo y dueño de su casa el presbítero D. Francisco Martínez Marcilla, el cual estimó muy conveniente que Miguel profesara con votos solemnes en la Venerable Orden Tercera de San Francisco, ceremonia que se verificó en la misma antigua y lóbrega habitación del viejo poeta, quien ni siquiera pudo levantarse de la cama, el día 2 de Abril de 1616. Profeso ya, se hizo cargo Miguel de que era aquella otra especie de andante caballería de la humildad, como las pasadas lo fueron de la soberbia y vanagloria, y si le tranquilizaba el morir como cristiano, le complacía y endulzaba sus últimas horas el morir como caballero de una orden fundada por el santo Don Quijote de Asís.

Al cabo, pensaba, desechando ya toda amargura y todo rencor para con el mundo, que él no había sido nunca otra cosa que un pobre solicitante, casado ó unido de por vida con la pobreza. Para padecer los últimos extremos de la necesidad, poca falta le había hecho declararla, ni enamorarse de la escasez y de las privaciones, como alardeaban de hacerlo otros hermanos de la V. O. T. tan poco humildes y tan poco pobres cual el Condestable de Castilla D. Juan Fernández de Velasco y el mismo Lope de Vega, también terciarios profesos. Al hacer la profesión, se acostaba Cervantes al parecer de Sancho Panza, reconocía la vanidad y la vacuidad de la vida. ¡Quién sabe si en lo más escondido y recatado de su alma, algunos momentos, no se replicaba á sí mismo con las propias palabras de Don Quijote!

Porque es lo cierto que á ratos sentía renacer la fuerza en su pecho, y aún abría un postigo á la esperanza. En uno de estos

ratos de felicidad relativa, su imaginación voló hacia la amada Nápoles y contempló la imagen del conde de Lemos, de quien sabía que también los desengaños comenzaban á abatirle y á dominarle, y entonces, el viejo casi moribundo, sentado en la cama, con esfuerzo violentísimo, sobreponiéndose á todos sus dolores y angustias, dictó ó escribió aquella página de oro que tan bien explica y declara sus últimos pensamientos, y que no por lo sobrado conocida, puede excusarse el copiarla aquí. Es la dedicatoria del *Persiles*, y en ella puso Cervantes lo más noble de su alma agradecida, pagando con nunca vista usura los favores que debiera al conde de Lemos.

“Aquellas coplas antiguas—dice—que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan *Puesto ya el pie en el estribo*, quisiera yo no vinieran tan á pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras la puedo comenzar, diciendo:

Puesto ya el pie en el estribo,  
con las ansias de la muerte,  
gran señor, esta te escribo.

Ayer me dieron la Extremaunción, y hoy escribo ésta: el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir y quisiera yo ponerle coto hasta besar los pies á vuestra Excelencia, que podría ser fuese tanto el contento de ver á vuestra Excelencia bueno en España, que me volviese á dar la vida: pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo menos, sepa vuestra Excelencia este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aún más allá de la muerte mostrando su intención. Con todo esto, como en profecía me alegro de la llegada de vuestra Excelencia, regocíjome de verle señalar con el dedo y realégrome de que salieron verdaderas mis esperanzas, dilatadas en la fama de las bondades de vuestra Excelencia. Todavía me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de las *Semanas del jardín* y del famoso *Bernardo*: si á dicha, por buena ventura mía, que ya no sería ventura, sino milagro, me diese el cielo vida, las verá, y con ellas el